

Martin Heidegger

LA PREGUNTA POR LA TÉCNICA *

(Traducción de *Francisco Soler*)

EN LO QUE sigue preguntamos nosotros por la técnica. La pregunta abre un camino. Por eso, es prudente prestar atención ante todo al camino y no permanecer apegados a frases y títulos aislados. El camino es un camino del pensar. Todos los caminos del pensar conducen, más o menos perceptiblemente, de una manera inhabitual, a través del lenguaje. Preguntamos por la técnica y quisiéramos, así, preparar una relación libre con ella. Libre es la relación cuando abre nuestro ser-ahí [*Dasein*] a la esencia de la técnica. Si nosotros correspondemos a eso, entonces podremos experimentar la técnica en su delimitación.

La técnica no es igual que la esencia de la técnica. Si nosotros buscásemos la esencia del árbol, tendríamos que elegir aquello que domina a todo árbol en cuanto árbol, sin ser ello mismo un árbol, que se pueda encontrar entre los restantes árboles.

Así también, la esencia de la técnica no es, en absoluto, algo técnico. Por eso, nunca experimentaremos nuestra relación con la técnica, mientras nos representemos y dediquemos sólo a lo técnico, para apegarnos a ello o para rechazarlo. Por todas partes permanecemos presos, encadenados a la técnica, aunque apasionadamente la afirmemos o neguemos. Más duramente estamos entregados a la técnica, cuando la consideramos como algo neutral; pues, esta representación que se aplaude hoy con gusto, nos vuelve completamente ciegos para la esencia de la técnica.

Como la esencia de algo vale según vieja teoría, *lo que* algo es. Nosotros preguntamos por la técnica cuando preguntamos lo que ella sea. Todo el mundo conoce las dos frases con las que se responde a nuestra pregunta. Una dice: la técnica es un medio para un fin [13].

* El presente escrito es un intento de traducción del de Heidegger titulado *Die Frage nach der Technik*. Es éste el primero de los once ensayos de que consta su libro: *VORTRÄGE UND AUFSAETZE* (Günther Neske Pfullingen 1954). Los títulos de los restantes ensayos son: *Ciencia y Reflexión*; *Superación de la Metafísica*; *¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?* *¿A qué se llama pensar?*;

Construir, habitar, pensar; *La cosa*; "...poéticamente habita el hombre..."; *Logos* (Heráclito, Fragmento 50); *Moirá* (Parménides, Fragmento VIII, 34-41) y *Alétheia* (Heráclito, Fragmento 16). Aclaramos: lo que figura entre corchetes [] es añadido del traductor. Los números entre corchetes indican la página correspondiente del texto alemán (N. del T.).

La otra dice: técnica es un hacer del hombre. Ambas determinaciones de la técnica se copertenecen. Pues, poner fines, que utiliza y dispone medios para ellos, es un hacer del hombre. A lo que la técnica es pertenece el elaborar y utilizar instrumentos, aparatos y máquinas, pertenece este elaborar y utilizar mismo, pertenecen las necesidades y fines a los que sirven. El todo de estas organizaciones es la técnica. Ella misma es una organización, dicho en latín: un *instrumentum*.

La representación corriente de la técnica, según la cual la técnica es un medio y un hacer del hombre, puede, por eso, llamarse la determinación instrumental y antropológica de la técnica.

¿Quién negaría que ella es correcta? Se ajusta evidentemente a lo que está ante los ojos cuando se habla de la técnica. La determinación instrumental de la técnica es tan desazonadamente correcta, que también es verdad para la técnica moderna, si se afirma además con cierto derecho que frente a la vieja técnica artesana, ella es algo completamente distinto y, por eso, nueva. La central eléctrica con sus turbinas y generadores es también un medio preparado para un fin puesto por el hombre. También el avión-cohete, también la máquina de alta frecuencia, son medios para fines. Naturalmente, una estación de radar es menos sencilla que una veleta. Naturalmente, necesita la preparación de una máquina de alta frecuencia la compulsión de diferentes aspectos del trabajo de la producción técnico-industrial. Naturalmente, que un aserradero perdido en un valle de la Selva Negra es un medio primitivo en comparación con la central hidroeléctrica en la corriente del Rin.

Es correcto: también la técnica moderna es un medio para un fin. Por eso, la representación instrumental de la técnica determina todos los esfuerzos para llevar al hombre a la justa relación con la técnica. [14] Todo estriba en manejar la técnica, en cuanto medio, de la manera adecuada. Se quiere, como se dice, “tener espiritualmente en el puño” a la técnica. Se la quiere dominar. El querer dominarla se hace tanto más urgente, cuanto más amenaza la técnica con escapar al señorío del hombre.

Pero, suponiendo que la técnica no sea ningún simple medio, ¿qué pasa entonces con el querer dominarla? Pero, nosotros dijimos que la determinación instrumental de la técnica era correcta. Ciertamente. Lo correcto siempre se establece en lo que está delante, que, de alguna manera, es algo verdadero. El establecimiento no necesita, en absoluto, para ser correcto, descubrir en su esencia lo que está delante. Sólo allí donde acontece tal descubrir, acontece lo verdadero. Por eso, lo simplemente correcto no es aún lo verdadero. Ante todo porque éste nos lleva

en una libre relación a lo que *nos va* de su esencia. Según esto, la correcta determinación instrumental de la técnica, no nos muestra aún su esencia. Para lograrla, o, al menos, para que nos movamos en su cercanía, debemos buscar, más allá de lo correcto, lo verdadero. Debemos preguntar: lo instrumental mismo, ¿qué es? ¿A qué pertenece igualmente la determinación de la técnica como medio y fin? Un medio es aquello por lo que algo actúa y, así, se realiza. Lo que tiene por consecuencia una acción se llama causa. Sin embargo, no sólo es causa aquello que actúa por medio de. También el fin, con arreglo al cual se determina la clase de los medios, vale como causa. Donde se persiguen fines, se aplicarán medios; donde domina lo instrumental, allí impera la causalidad.

Desde hace siglos la filosofía enseña que hay cuatro causas: 1º La causa materialis, el material, la materia, con la que se prepara, por ejemplo, una copa de plata; 2º La causa formalis, la forma, la figura, en la que se introduce la materia; 3º La causa finalis, el fin, por ejemplo, el sacrificio, por el cual la copa requerida es determinada según materia y forma, y 4º La causa efficiens, que realiza el efecto, la copa real, hecha, el platero. Lo que sea la técnica representada como [15] medio, se hace patente si retrotraemos lo instrumental a la cuádruple causalidad.

Pero, ¿cómo, si lo que la técnica, por su parte es, está encubierto en lo oscuro? Ciertamente, desde siglos se toma la teoría de las cuatro causas, como una verdad caída del cielo, tan clara como el sol. Entretanto ha llegado la hora de preguntar: ¿Por qué hay precisamente cuatro causas? ¿Qué quiere decir propiamente, en referencia al mencionado cuatro, propiamente "causa"? ¿De dónde sacan el *carácter* de causa las cuatro causas tan unitariamente, que se copertenecen?

Mientras no nos introduzcamos en esta pregunta, permanecerá oscura y sin fundamento la causalidad y con ella lo instrumental y con éste la determinación corriente de la técnica.

Desde hace tiempo se suele representar la causa como lo que efectúa. Actuar significa por eso: obtener resultados, obtener efectos. La causa efficiens, que es una de las cuatro causas, determina de manera decisiva toda la causalidad. Esto llega a tal punto, que, en general, no se considera más como causalidad a la causa finalis, a la finalidad. Causa, casus, pertenecen al verbo cadere, caer, y significa aquello que hace que en los resultados, algo resulte de una manera o de otra. La teoría de las cuatro causas se remonta a Aristóteles. Sin em-

bargo, en el ámbito del pensar griego, éste no tiene nada que ver con actuar, y efectuar, que es todo lo que la posteridad ha buscado en los griegos bajo la representación y título de causalidad. Lo que los alemanes llaman *Ursache* (causa) los romanos y nosotros causa, se dice en griego αἴτιον, lo que es causante de algo. Las cuatro causas son modos de ser-causante-de, que se copertenecen entre sí. Un ejemplo puede aclarar esto.

La plata es aquello de lo que está hecha la copa de plata. Es, en cuanto esta materia, (ὕλη) lo causante de la copa. Esta adeuda, esto es, debe a la plata aquello en lo que consiste. Pero, el útil para el [16] sacrificio no sólo está en deuda con la plata. En cuanto copa aparece lo adeudado en la copa con el aspecto de copa y no con el de brazalete o el de anillo. Así, el útil para el sacrificio está al mismo tiempo adeudado con el aspecto (εἶδος) de la copa. La plata, en la que el aspecto como copa es introducido, el aspecto en el que la plata aparece, son ambos, cada uno a su manera, causantes del útil para el sacrificio.

Sin embargo, en deuda con él está sobre todo, en tercer lugar, esto: aquello que de antemano circunscribe a la copa al ámbito de la consagración y de la ofrenda. Por ello es circunscrita como útil para el sacrificio. Lo delimitante finaliza la cosa. Con este fin no acaba la cosa, sino que desde él comienza lo que puede llegar a ser según la producción. Lo finalizante, completante, en este sentido, se dice en griego τέλος, lo que suele traducirse demasiado frecuentemente por "meta" y "fin", y con ello se lo malinterpreta. El τέλος es causante de lo que como materia y aspecto concausa al útil para el sacrificio.

Finalmente, hay un cuarto codeudar en el estar ahí delante, dispuesto y preparado el útil para el sacrificio: el copero; pero, de ninguna manera, porque él obrando efectúe la copa dispuesta para el sacrificio como efecto de un hacer, como causa efficiens.

La teoría de Aristóteles no conoció la citada causa con ese título, ni usó un nombre griego que le correspondiera.

El platero sobrepone [*überlegen*] y reúne a los otros tres modos citados del ser causante de. Sobreponer se dice en griego λέγειν, λόγος. Se apoya en el ἀποφαίνεσθαι, en el hacer aparecer. El copero es codeudor, como aquél desde quien el *pro-ducir* y el descansar en sí de la copa toma y obtiene su primera salida. Los tres modos del ser-causante-de, mencionados en primer lugar, deben a la sobreposición del

platero, que aparezcan y entren en juego para la producción de la copa de sacrificio y cómo entren y aparezcan [17].

En el útil para el sacrificio, preparado y listo, coimperan cuatro modos del ser causante de, del adeudar. Son diferentes entre sí, y sin embargo, se copertenecen. ¿Qué los unifica de antemano? ¿En dónde tiene lugar el juego conjunto de los cuatro modos del adeudar? ¿De dónde surge la unidad de las cuatro causas? ¿Qué mienta, pensado a la manera griega, este adeudar?

Nosotros, gentes de hoy, estamos fácilmente inclinados a comprender el adeudar, moralmente, como una falta, o a entenderlo como un modo de actuar. En ambos casos, erramos el camino hacia el sentido principal de lo que más tarde se llamó causalidad. Mientras este camino no se abra, no veremos tampoco lo que propiamente es lo instrumental, que descansa en lo causal.

Para defendernos de las citadas malas interpretaciones del adeudar aclararemos sus cuatro modos desde lo que adeudan. Según el ejemplo, ellos adeudan el pre-yacer y yacer-preparada de la copa de plata como útil para el sacrificio. Pre-yacer y yacer-preparada (ὑπομείσθαι), caracterizan el *presenciar* de algo *presente*. Lo sueltan a presencia.

Los 4 modos del adeudar traen algo a aparecer. Lo dejan venir en ella y lo ocasionan así, esto es, en su completa llegada. En el sentido de tal ocasionar, es el adeudar lo que da-lugar-a. Con la mirada puesta en lo que los griegos experimentaron en el adeudar, en la αἰτία, damos nosotros ahora a la palabra “dar-lugar-a” un más amplio sentido, de modo que la palabra designe la esencia de la causalidad pensada por los griegos.

La significación usual y estricta de la palabra ocasión [*Veranlassung*] significa, por el contrario, sólo algo así como empuje y producción, y mienta una clase de causa secundaria en el todo de la causalidad.

Pero, ¿en dónde tiene lugar el juego conjunto de los cuatro modos del dar-lugar-a [*Ver-an-lassen*]? Ellos dejan venir lo todavía no pres- [18] *ente* a lo *presenciar*. Según esto, están dominados unitariamente por un traer, traer haciendo aparecer lo *presente*. Lo que este traer sea nos lo dice Platón en una frase del “Symposion” (205 b): ἡ γὰρ τοι ἐκ τοῦ μὴ ὄντος εἰς τὸ ὄν ἰόντι ὄψωϋν αἰτία πᾶσά ἐστι ποίησις.

“Todo lo que da-lugar-a que lo que siempre va y procede desde lo no-*presente* a lo *presente* es ποίησις, es pro-ducir”.

Todo estriba en que nosotros pensemos el pro-ducir en su completo

alcance y, al mismo tiempo, en el sentido de los griegos. Pro-ducir, *ποίησις*, es no sólo la hechura artesana, no sólo el traer a forma y figura artístico-poético. También la *φύσις*, que surge desde sí misma, es un producir, es *ποίησις*. La *φύσις* incluso es *ποίησις* en el más elevado sentido. Pues, lo *φύσει presente* tiene en sí mismo (*ἐν ἑαυτῷ*) el brotar del pro-ducir, por ejemplo, el brotar de las flores en el florecer. Por el contrario, lo producido artesana y artísticamente, por ejemplo, la copa de plata, tiene el brotar del pro-ducir no en sí mismo, sino en otro (*ἐν ἄλλῳ*), en el artesano y en el artista.

Los modos del dar-lugar-a, las cuatro causas, se “juegan”, por consiguiente, dentro del pro-ducir. Por éste llega a aparecer, respectivamente, tanto lo que crece naturalmente como también lo que tiene hechura artesana o artística.

Pero, ¿cómo acontece el pro-ducir, ya sea en la naturaleza, ya en la artesanía o en el arte? ¿Qué es el pro-ducir, en el que se “juega” el cuádruple modo de dar-lugar-a? El dar-lugar-a *le va* al presenciarse de lo que aparece en el pro-ducir, en cada caso. El pro-ducir pro-duce desde el velamiento al desvelamiento. El pro-ducir acontece solamente cuando llega lo velado a lo desvelado. Este llegar descansa y se mueve en lo que nosotros llamamos desocultar [*Entbergen*]. Para designarle, los griegos tenían la palabra *ἀλήθεια*. Los romanos la tradujeron por “veritas”. Nosotros decimos “verdad”, y la entendemos comúnmente como [19] rectitud del representar.

¿En dónde nos hemos extraviado? Preguntamos por la técnica y estamos ahora en la *ἀλήθεια*, en el desocultar. ¿Qué tiene que ver la técnica con el desocultar? Respuesta: Todo. Pues, en el desocultar se funda todo pro-ducir. Pero éste reúne en sí los cuatro modos del dar-lugar-a, —la causalidad— y la domina. A su ámbito pertenecen fin y medio, pertenece lo instrumental. Este vale como el rasgo fundamental de la técnica. Preguntamos paso a paso lo que sea propiamente la técnica, representada como medio y llegamos al desocultar. En él descansa la posibilidad de toda fabricación productora.

La técnica no es, pues, simplemente un medio. La técnica es un modo del desocultar. Si prestamos atención a eso, entonces se nos abrirá un ámbito completamente distinto de la esencia de la técnica. Es el ámbito del desocultamiento, esto es, de la verdad, del veri-ficar.

Este aspecto nos sorprende. El hace posible desde hace tiempo, y así nos apura, a que, finalmente, tomemos en serio y de una buena vez la más sencilla pregunta por lo que significa el nombre “técnica”. La

palabra proviene de la lengua griega. Τεχνικόν, mienta lo que pertenece a la τέχνη. Con respecto a la significación de esta palabra debemos observar dos cosas. De una parte, τέχνη no es sólo el nombre para el hacer y saber artesanas, sino también lo es para el arte más elevado y para las bellas artes. La τέχνη pertenece al producir, a la ποίησις; ella es algo poético.

La otra cosa que, con respecto a la palabra τέχνη, hay que pensar, es aún más importante. La palabra τέχνη va junta desde los comienzos hasta los tiempos de Platón con la palabra ἐπιστήμη. Ambas palabras son nombres para el conocer, en el más amplio sentido. Mientan [20] el ser entendido en algo, el ser conocedor de algo. El conocer da aclaraciones. En cuanto aclarante es un desocultar. Aristóteles distingue en una consideración especial (Et. Nic. VI, c. 3 y 4) la ἐπιστήμη y la τέχνη, y, ciertamente desde el punto de vista de lo que desocultan. La τέχνη es un modo del ἀληθεύειν. Ella desoculta lo que por sí mismo no se produce, ni está ahí delante, por lo que puede aparecer y ocurrir ya de una manera, ya de otra. Quien construye una casa o un barco o forja una copa para el sacrificio, desoculta lo que hay que producir según los cuatro modos del dar-lugar-a. Este desocultar reúne de antemano el aspecto y la materia de barco y de casa sobre la cosa intuída acabada y lista y determina desde ahí la manera de la confección. Por consiguiente, lo decisivo de la τέχνη, no estriba, de ninguna manera en el hacer y manipular; tampoco en aplicar medios, sino en el mencionado desocultar. Como eso, pero no como confeccionar, es la τέχνη un producir.

Así, llegamos con la alusión a lo que la palabra τέχνη dice y como la determinaron los griegos a la misma conexión que se nos abrió cuando perseguíamos la pregunta por lo que sea, en verdad, lo instrumental.

La técnica es un modo del desocultar. La técnica es *presente* en el ámbito en el que acontece desocultar y desvelamiento, ἀλήθεια, verdad.

Frente a esta determinación del ámbito esencial de la técnica se puede objetar que vale, ciertamente, para el pensar griego y que conviene, en el mejor de los casos, a la técnica manual, pero que no puede aplicarse a la moderna técnica de máquinas. Y, precisamente, solamente ella es la que nos perturba y mueve a preguntar por “la” técnica. Se dice que la técnica moderna es incomparable con todas las anteriores, porque se apoya en la moderna ciencia exacta. Entretanto se reconoce claramente que vale también lo inverso: la física moderna, en cuanto [21]

experimental, está referida a los aparatos técnicos y al progreso en la construcción de aparatos. La constatación de esta interrelación entre técnica y física es justa. Pero es una simple constatación historiográfica de hechos, que no dice nada sobre aquello en lo que se funda esta interrelación. La pregunta decisiva es: ¿Qué esencia es la técnica moderna para que pueda ocurrir que aplique la ciencia natural exacta?

¿Qué es la técnica moderna? Es también un desocultar. Si nosotros clavamos la mirada en este rasgo fundamental, se nos mostrará lo nuevo de la técnica moderna.

El desocultar que domina a la técnica moderna no se despliega en un producir en el sentido de *ποίησις*. El desocultar dominante en la técnica moderna es un provocar que pone en la naturaleza la exigencia de liberar energías, que en cuanto tal, pueden ser explotadas y acumuladas. Pero, ¿no vale esto también para el viejo molino de viento? No. Sus aspas giran ciertamente en el viento, a su soplar permanece inmediatamente abandonado. Pero, el molino de viento no abre las energías de la corriente de aire para acumularlas.

Por el contrario, una comarca es provocada en la exigencia de carbón y minerales. La tierra se desoculta ahora como región carbonífera, el suelo como lugar de yacimientos de minerales. De otra manera aparece el campo, que el campesino antiguamente labraba, en donde labrar aún quiere decir: cuidar y cultivar. El hacer del campesino no provoca al campo. En el sembrar las simientes, abandona él la siembra a las fuerzas del crecimiento y guarda su germinación. Entretanto la labranza del campo ha caído en la resaca de otro modo de labrar, que *pone* la naturaleza. La pone en el sentido de provocación. El campo es ahora industria motorizada de la alimentación. El aire es puesto dentro de la [22] entrega de nitrógeno, el suelo por los minerales, el mineral, por ejemplo, por el uranio, éste por la energía atómica, que puede ser desintegrada para destrucción o para usos pacíficos.

El poner, que provoca las energías naturales, es un exigir en un doble sentido. Exige en cuanto que abre y provoca. Sin embargo, este exigir está reducido de antemano a lo otro que se exige, esto es, impulsar la utilización mayor que sea posible con el mínimo esfuerzo. El carbón exigido en una región carbonífera no se pone sólo para que en general y en alguna parte esté ante la vista. Yace, esto es, es el sitio de la distribución del calor solar en él acumulado. Este es transformado en calor, que es distribuido por el vapor liberado, cuya presión empuja el engranaje, por el cual una fábrica permanece en explotación.

La central hidroeléctrica está puesta en el valle del Rhin. Lo pone en la presión de su agua, que pone encima las turbinas, para que giren, cuyo girar impulsa aquellas máquinas, cuyo engranaje elabora la corriente eléctrica, que es distribuida a través de las centrales interurbanas y su red eléctrica, que conducen la corriente. En el ámbito de esta serie de consecuencias mutuamente relacionadas de la distribución de la energía eléctrica, la corriente del Rhin aparece también como algo distribuido. La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rhin como los viejos puentes de madera, que, desde hace siglos, unen una orilla con otra. Más bien, está la corriente construida en la central. Es, lo que ahora es como corriente, esto es, proveedora de presión hidráulica, desde la esencia de la central eléctrica. Prestemos atención a lo desazonador que impera ahí, aunque sea para medir desde lejos y por un instante la contraposición que se expresa en estos dos títulos: "El Rhin", construido en la central eléctrica, y "El Rhin" nombrado desde la obra de *arte* del himno sinónimo de Hölderlin. Pero, se responde, el Rhin es una corriente de la comarca. Pudiera ser, pero ¿cómo? No de otra manera que como objeto de visita establecido por [23] un grupo de compañeros de viaje, que ha establecido allí una industria para turistas.

El desocultar, que domina a la técnica moderna, tiene el carácter del poner en el sentido de la pro-vocación. Esta acontece de tal manera, que se descubren las energías ocultas en la naturaleza; lo descubierto es transformado; lo transformado, acumulado; lo acumulado, a su vez, dividido y lo dividido, se renueva cambiado. Descubrir, transformar, acumular, dividir, cambiar, son modos del desocultar. Sin embargo, esto no termina sencillamente. Tampoco se extravía en lo indeterminado. El desocultar desoculta a él mismo sus propios, múltiples y ensamblados carriles, a través de los cuales él gobierna. El gobierno mismo es asegurado por todas partes. Gobierno y aseguramiento llegan a ser, incluso, los rasgos capitales del desocultar pro-vocante.

¿Qué clase de desvelamiento [*Unverborgenheit*] se apropia a lo que se realiza por medio del poner provocante? Por doquiera se establece que hay que estar en todas partes, lugar por lugar y estar, ciertamente, para que sea establecible por un establecer más amplio. Lo establecido de esta manera tiene su propio estado [*Stand*]. Nosotros lo llamamos lo *constante* [*Bestand*]. La palabra mienta aquí algo más y más esencial que mero constar de. La palabra "constante" se mueve ahora en el rango de un título. Caracteriza nada menos que el modo como se *presenta* todo

lo que se refiere al desocultar pro-vocante. Lo que está en el sentido de lo constante no se contrapone más a nosotros como objeto.

Pero, un avión de transporte que está en la cinta de despegue, es, aún, un objeto. Podemos representarnos la máquina de esa manera. Pero, entonces se oculta en lo que es y cómo lo es. Está oculto en la vía de transporte como constante, en cuanto está establecido asegurar la posibilidad del transporte. Para eso tiene que ser él mismo en su total construcción, con todos sus componentes, apto para ser establecido, esto es, estar preparado para salir. (Este sería el lugar para discutir la [24] determinación de la máquina por Hegel como un instrumento independiente. Vista desde el instrumento de la obra de mano, su caracterización es justa. Pero, pensada desde la esencia de la técnica, a la que pertenece, la máquina no es, precisamente, así. Vista desde lo constante la máquina es, en absoluto, no-independiente; pues, ella recibe su estado únicamente del establecer de lo establecible).

Que nos acosen las palabras “poner” [*stellen*], “establecer” [*bestellen*], “constante” [*Bestand*] cuando intentamos mostrar la técnica moderna como un desocultar pro-vocante, y amontonarlas de una manera seca, uniforme y, por eso, pesada, tiene su fundamento en lo que está sobre el tapete.

¿Quién realiza el poner pro-vocante, por el cual es desocultado lo que se llama lo real, en cuanto *constante*? Evidentemente, el hombre. ¿Hasta qué punto puede el hombre con tal desocultar? El hombre puede, ciertamente, representar, formar o impulsar esto o aquello, de una manera o de otra. Pero, del desvelamiento, en el que, en cada caso, lo real se muestra o se retira, no dispone el hombre. Que desde Platón se muestre lo real a la luz de las ideas, no lo hizo Platón. El pensador sólo puede corresponder [*entsprechen*] a lo que le interpela [*zusprechen*].

Sólo en cuanto el hombre, por su parte, está provocado a pro-vocar las energías de la naturaleza, puede acontecer este desocultar establecedor. Si el hombre está pro-vocado y establecido para eso, entonces ¿no pertenece el hombre más originariamente aún que a la naturaleza, a lo *constante*? El hablar usual de material humano y material enfermo de una clínica, habla en su favor.

El guardabosque que echa de menos en el bosque la madera talada y que, al parecer, recorre como su abuelo y de igual manera los caminos del bosque, está hoy establecido, sépalo o no, en la industria de la utilización de la madera. Está establecido en la productibilidad de celulosa que, a su vez, viene pro-vocada por la necesidad de papel, que se [25]

distribuye a los diarios y revistas ilustradas. Pero éstos predisponen la opinión pública a que devoren lo impreso, para que pueda llegar a establecerse por un arreglo de la opinión establecida. Sin embargo, precisamente por que el hombre está pro-vocado más originariamente que a las energías naturales, al establecer, no llega a ser jamás un simple *constante*. Impulsando el hombre la técnica, participa en el establecer como un modo del desocultar. Pero, el desvelamiento mismo en medio del cual se despliega el establecer, no es nunca un hecho humano, como, igualmente, tampoco lo es el ámbito que atraviesa el hombre cuando como sujeto se refiere a un objeto.

¿Dónde y cómo acontece el desocultar, si no es ningún simple hecho del hombre? No necesitamos buscar demasiado. Sólo es necesario captar con imparcialidad aquello que siempre ya ha reclamado al hombre y, así, decidido que él pueda ser hombre solamente como lo reclamado en cada caso. Siempre que el hombre abre sus ojos y oídos, que franquea su corazón, que se da libremente en sus afanes y esfuerzos, en su formar y obrar, en sus ruegos y agradecimientos, se encuentra ya, por doquiera, llevado en lo desvelado. Cuyo desvelamiento ha acontecido ya; así, el desvelamiento llama al hombre al modo del desocultar que le corresponde. Cuando el hombre, a su manera, se desoculta en medio del desvelamiento de lo *presente*, entonces corresponde él solamente a la solicitud del desvelamiento, aun cuando la contradiga. Así pues, cuando el hombre que investiga y considera, pone a la naturaleza como un ámbito de su representar, entonces está ya reclamado por un modo del desocultar, que le pro-voca a considerar la naturaleza como un objeto de investigación, hasta que el objeto desaparezca en la falta de objeto de lo constante.

De esta manera, la técnica moderna, como desocultar que establece, no es un simple hacer humano. Por eso debemos tomar aquel pro-vocar, que dispone al hombre a tomar lo real como constante, tal y como [26] se muestra. Esto que reúne, concentra al hombre en el establecer lo real como *constante*.

Lo que despliega originariamente los rasgos montañosos de las montañas [*Berg*] y así las atraviesa en su plegado estar unas con otras, es lo que reúne, que nosotros llamamos serranía [*Gebirge*].

Nosotros llamamos a aquello que reúne originariamente, sobre el que se despliegan los modos, según los cuales nos sentimos [*zumute*] de una manera o de otra, el ánimo [*Gemüt*].

Nosotros llamamos ahora a aquella interpelación pro-vocante, que

reúne al hombre en ella a establecer el desocultar como constante, lo dispuesto [das *Ge-stell*].

Nos atrevemos a emplear esta palabra en un sentido hasta ahora completamente insólito.

Según la significación habitual, mienta la palabra “estante”, [dispuesto], un útil, por ejemplo, un estante para libros [*Büchergestell*]. *Gestell* también significa en alemán un esqueleto. Y tan horrible como un esqueleto parece ser el empleo de la palabra dispuesto, que ahora proponemos, para no hablar de la arbitrariedad con que se maltrata el desarrollo del lenguaje con palabras como esa. ¿Se puede impulsar aún más lo extraño? Ciertamente, no. Pero esto extraño es el viejo uso del pensar. Y, ciertamente, se juntan a él los pensadores, precisamente allí donde hay que pensar lo más elevado. Nosotros, tardíamente nacidos, no estamos ya más en situación de columbrar lo que significa que Platón se atreviese a usar para lo que en todo y a todo *presencia*, la palabra εἶδος. Pues, εἶδος significa en el lenguaje cotidiano el aspecto que una cosa sensible ofrece a nuestro sentido de la vista. Sin embargo, Platón propone esta palabra para designar, lo que era totalmente insólito, aquello, precisamente que nunca jamás puede ser perceptible con el sentido de la vista. Pero tampoco así, es aún suficiente, de ningún modo, lo insólito. Pues ἰδέα nombra no sólo el aspecto no-sensible de lo visible [27] sensitivamente. Aspecto, ἰδέα, significa también lo que en lo audible, tangible, sensible, en lo que de la manera que sea nos es accesible, constituye la esencia. Frente a lo que Platón ha atribuido al lenguaje y al pensar, en éste y otros casos, es el presente y atrevido uso de la palabra “dispuesto”, como nombre de la esencia de la técnica moderna, casi anodino. Entretanto, el uso pedido del lenguaje es una ocurrencia y es malentendido.

Dispuesto significa lo reunidor de aquel poner, que pone al hombre, esto es, lo pro-voca a desocultar lo real en el modo del establecer como lo constante. Dispuesto significa el modo del desocultar que impera en la esencia de la técnica moderna y que, él mismo no es nada técnico. A lo técnico, por el contrario, pertenece todo lo que nosotros conocemos como varillajes, rodamientos, andamios y demás componentes de lo que se llama montaje. Sin embargo, éste cae, junto con los mencionados componentes, en el recinto del trabajo técnico, que siempre y sólo corresponde a la pro-vocación de lo dispuesto, pero que nunca constituye o hace a éste mismo.

La palabra “poner” [“stellen”] mienta en el título dis-puesto [*Ge-*

stell] no sólo el pro-vo-car, debe guardar al mismo tiempo la resonancia de otro “poner”, del que derivan; esto es, en aquel elaborar [*herstellen*] y re-presentar [*Dar-stellen*] que deja aparecer, en el sentido de la *ποίησις* lo presente en el desvelamiento. Este elaborar articulante, por ejemplo, el colocar [*aufstellen*] una estatua en el recinto del templo, y el ahora meditado establecer pro-vocante son, ciertamente, fundamentalmente distintos y, sin embargo, están emparentados en la esencia. Ambos son modos del desocultar, de la *ἀλήθεια*. En lo dispuesto acontece el desvelamiento, conforme al cual el trabajo de la técnica moderna desoculta lo real como constante. Por eso no es sólo ni un hacer humano, ni mucho menos un simple medio dentro de tal hacer. Lo sólo [28] instrumental, que es únicamente determinación antropológica de la técnica, es, en principio, casual, y no se puede completar por medio de una dilucidación religiosa o metafísica, sólo intercalada.

Realmente es verdad que el hombre de la era técnica está provocado de un modo especial y sobresaliente al desocultar. El se refiere a la naturaleza como al principal almacén de existencias de energías. Conforme a esto, se muestra el comportamiento esclarecedor del hombre, ante todo, en la aparición de la moderna ciencia natural exacta. Su manera de representar pone a la naturaleza como una conexión calculable de fuerzas. La física moderna no es física experimental, porque en sus pesquisas acerca de la naturaleza aplique aparatos, sino que, inversamente: porque la física y, ciertamente, como pura teoría, pone a la naturaleza como lo que hay que representar en cuanto una conexión de fuerzas previamente calculable, es por lo que se establece el experimento; esto es, para indagación de si la naturaleza de esa manera puesta se anunciará y cómo lo hará.

Pero la ciencia matemática de la naturaleza ha surgido, casi desde hace dos siglos, de la técnica moderna. ¿Cómo podría entonces estar ahí ya al servicio de la técnica moderna? Los hechos dicen lo contrario. La técnica moderna progresó, cuando pudo apoyarse en la ciencia exacta de la naturaleza. Historiográficamente calculado eso es justo. Históricamente pensado, no encuentra lo verdadero.

La teoría física moderna de la naturaleza es la que prepara el camino no sólo de la técnica, sino también de la esencia de la técnica moderna. Pues el reunir pro-vocante en el desocultar establecedor, impera ya en la física. Pero en ella aún no aparece propiamente. La física moderna es la precursora, desconocida aún en sus orígenes, de lo dispuesto. La esencia de la técnica moderna se oculta desde hace bastante

tiempo, también ahí, donde se han inventado máquinas motrices [29] y están puestas en el carril la electrotecnia, y en marcha, la técnica atómica.

Todo lo esencial, no sólo de la técnica moderna, se mantiene por todas partes y desde hace mucho tiempo, velado. Sin embargo, permanece, con respecto a su imperar, lo que a todo precede: lo más antiguo. De ello supieron los pensadores griegos cuando dijeron: aquello, que con respecto al imperar de lo que surge es más antiguo, se hace evidente a nosotros los hombres tardíamente. Lo antiguo principal se muestra al hombre ante todo últimamente. Por eso, en el ámbito del pensar hay que esforzarse para repensar lo pensado al principio aún más primeramente, no con la contradictoria voluntad de renovar el pasado, sino con la sobria disposición de ánimo de admirarse ante lo venidero de lo antiguo.

Según la cronología historiográfica el comienzo de la ciencia natural moderna está en el siglo XVII. Comparado con ésto, la técnica de máquinas se desarrolla especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero lo más tardío según la constatación historiográfica, la técnica moderna, es, con respecto a la esencia dominante en ella, más antigua.

Que la física moderna tenga que resignarse en medida creciente, a que su ámbito de representación quede inintuido, no le viene dictado por ninguna comisión de investigadores. Viene pro-vocado por el imperar de lo dispuesto, que exige el establecimiento de la naturaleza como constante. Por eso, la física no puede en toda retirada del representar (hasta hace poco, el decisivo, dirigido sólo a los objetos) renunciar jamás a esto: que la naturaleza se anuncia en algún modo calculado y establecible, y laborable como un sistema de informaciones. Este sistema se determina desde una causalidad, transformada a su vez. Esta no muestra ahora ni el carácter del pro-ducen-te dar-lugar-a, ni el modo de la causa efficiens o de la causa formalis. Probablemente la [30] causalidad se reduce simultáneamente a un anunciar pro-vocado, o, sucesivamente, a un componente que establece seguridad. Con esto concuerda el proceso del renunciar creciente que relata de manera impresionante la conferencia de Heisenberg. (W. Heisenberg, "La imagen de la naturaleza en la física actual", en: *Las artes en la era técnica*, Münschen, 1954, p. 43 ss.).

Porque la técnica moderna descansa en lo dispuesto, tiene que aplicar la ciencia natural exacta. De eso surge el engañoso parecer que

la técnica moderna es ciencia natural aplicada. Este parecer puede mantenerse mientras que no se haya preguntado suficientemente ni por el origen esencial de la ciencia moderna, ni por la esencia de la técnica moderna.

Nosotros preguntamos por la técnica para traer a luz nuestra relación con su esencia. La esencia de la técnica moderna se muestra en lo que nosotros llamamos lo dispuesto. Pero la alusión a eso, no es, de ninguna manera, la respuesta a la pregunta por la técnica, si responder significa: corresponder, esto es, a la esencia de aquello por lo que se pregunta.

¿Dónde llegaremos si nosotros ahora perseguimos, en torno a un nuevo paso, más ampliamente lo que sea lo mismo dispuesto en cuanto tal? No es nada técnico, nada de tipo de máquina. Es el modo según el cual lo real se desoculta como *constante*. De nuevo preguntamos: ¿acontece este desocultar en algún lugar más allá de todo lo humano? No. Pero tampoco acontece sólo *en* el hombre y decisivamente *por* él.

Lo dispuesto es lo que reúne a aquel poner, que pone al hombre a desocultar lo real en el modo del establecer como *constante*. El hombre, en cuanto pro-vocado de esa manera, está en el ámbito esencial de lo dispuesto. El no puede, en absoluto, trazar posteriormente una relación con él. Por eso ocurre la pregunta cómo podremos alcanzar [31] una relación con la esencia de la técnica, de esta manera siempre demasiado tarde. Pero la pregunta no ocurre demasiado tarde si nosotros nos experimentamos propiamente como aquellos cuyo hacer y omitir, ya abiertamente, ya encubiertamente, está por todas partes pro-vocado por lo dispuesto. Pero jamás ocurre la pregunta demasiado tarde especialmente si nosotros nos introducimos y cómo nos introducimos en donde lo dispuesto mismo se esencia.

La esencia de la moderna técnica lleva al hombre al camino de aquel desocultar, por el que lo real por todas partes llega a ser, más o menos perceptiblemente, *constante*. Llevar a un camino quiere decir en alemán, *schicken* (destinar). Nosotros llamamos aquel destinar que reúne, que pone al hombre en un camino del desocultar, el *destino* [*Geschick*]. Desde aquí se determina la esencia de toda historia, que no es sólo ni el objeto de la historiografía, ni sólo la realización del hacer humano. Este llega a ser histórico ante todo como algo destinado (cfr. *De la esencia de la verdad*, 1930; primera edición, 1943, p. 16 ss.). Y, especialmente, el destino posibilita en el representar preobjetivante, lo histórico para la historiografía; esto es, una ciencia como objeto

accesible y desde aquí la equiparación corriente de lo histórico con lo historiográfico.

Lo estante, en cuanto pro-vocación en el establecer, destina en un modo del desocultar. Lo dispuesto es una destinación del destino, como toda manera del desocultar. Destino, en el sentido mencionado, es también el producir, la *ποίησις*.

Siempre va el desvelamiento de lo que es, sobre un camino del desocultar. Siempre impera al hombre el destino del desocultamiento. Pero no es jamás la fatalidad de una coacción. Pues, precisamente el hombre llega a ser libre, en tanto que pertenece al ámbito del destino y, así, llega a ser un oyente, no un esclavo.

La esencia de la libertad está *originariamente* ordenada no a la voluntad ni a la causalidad del querer humano.

La libertad gobierna lo libre en el sentido de lo iluminado; [32] esto es, de lo desocultado. El acontecimiento del desocultar, esto es, de la verdad, es lo que está en el más próximo e íntimo parentesco con la libertad. Todo desocultar pertenece a un ocultar y velar. Pero velado está y siempre ocultando, lo que liberta, el misterio [*Geheimnis*]. Todo desocultar viene de lo libre, va a lo libre y lleva a lo libre. La libertad no consiste ni en lo disoluto de la arbitrariedad, ni en la sujeción a simples leyes. La libertad es lo iluminante velante, en cuya luz se corre aquel velo que emboza lo esencial de toda verdad y deja aparecer al velo como lo que emboza. La libertad es el ámbito del destino; lo que lleva, en cada caso, a un desocultamiento a su camino.

La esencia de la técnica moderna descansa en lo dispuesto. Este pertenece al destino del desocultamiento. Las frases dicen otra cosa que lo que se dice frecuentemente: que la técnica es el destino de nuestra época; donde destino mienta: lo fatal de un curso inalterable.

Sin embargo, cuando nosotros meditamos en la esencia de la técnica, entonces experimentamos lo dispuesto como un destino del desocultamiento. Así, nos mantenemos ya en lo libre del destino, que, de ninguna manera, nos confina en una sofocante coacción, para dedicarnos ciegamente a la técnica, o, lo que es lo mismo, para revelarnos sin amparo contra ella y condenarla como obra del diablo. Por el contrario: cuando nosotros nos abrimos propiamente a la *esencia* de la técnica, nos encontramos tomados inesperadamente por un reclamo libertador.

La esencia de la técnica descansa en lo dispuesto. Su imperar pertenece al destino. Porque este lleva, en cada caso, al hombre a un camino del desocultar, el hombre en camino está continuamente al bor-

de de la posibilidad de perseguir y activar sólo lo desocultado en el establecer y tomarlo como medida de todo. Con ello se cierra la otra posibilidad: que el hombre se introduzca antes, más y siempre más pricipialmente en la esencia de lo desvelado y de su desvelamiento, para experimentar como su esencia la entregada pertenencia al [33] desocultar.

Entre estas posibilidades entregadas, el hombre, desde el destino, está en peligro. El destino del desocultamiento es en cuanto tal y en todos sus modos, y por eso necesariamente, *peligro*. En los modos en que puede imperar el destino del desocultamiento, el desvelamiento, en todo lo que es, se muestra en cada caso oculto, el peligro de que el hombre se equivoque en lo desvelado y lo malinterprete. Así puede, cuando todo lo *presente* se representa a la luz de la conexión causa-efecto, incluso Dios, que representa todo lo sagrado y alto, perder su lejanía plena de misterio. Dios puede decaer a la luz de la causalidad en una causa, la causa *efficiens*. El llega a ser incluso, en medio de la Teología, el Dios de los filósofos; esto es, de aquellos que determinan lo desvelado y velado según la causalidad del hacer, sin meditar jamás en ello la procedencia de la esencia de esta causalidad.

De igual manera, el desvelamiento según el que la naturaleza se representa como una conexión de efectos de fuerzas calculables, puede permitir, ciertamente, constataciones rectas; pero, precisamente, a través de estos resultados persiste el peligro de que se retraiga lo verdadero en todo lo recto.

El destino del desocultamiento no en sí cualquiera, sino *el* peligro.

Cuando impera el destino en el modo de lo dispuesto, entonces hay el peligro más grande. Esto se nos atestigua por dos respectos. Tan pronto como lo desvelado ni siquiera como objeto, sino que exclusivamente le importa al hombre como constancia y el hombre en medio de la falta de objeto aún es el constante de la constancia, va el hombre sobre el borde más escarpado del precipicio; esto es, en aquel en el que únicamente tendrá que ser tomado como constante. En medio de todo esto el hombre precisamente así amenazado se pavonea como señor de la Tierra. Por eso se extiende la mera apariencia de que todo lo [34] que se encuentra sólo es consistente en tanto que es un producto del hombre. Esta falsa apariencia muestra una última apariencia engañosa. Según ella, parece que el hombre encuentra en todas partes aún sólo a sí mismo. Sobre esto, Heisenberg ha insistido con toda razón, que así se le tiene que representar lo real al hombre actual, (loc. cit., p. 60

ss.) . *Entretanto, el hombre ya no encuentra más, ni en ninguna parte, precisamente a sí mismo, es decir, a su esencia.* El hombre está tan decisivamente metido en las consecuencias de la pro-vocación de lo dispuesto, que no lo percibe como una interpelación y se pasa por alto a sí mismo como lo interpelado y con ello desoye también todos los modos de hasta qué punto él ec-siste desde su esencia en el ámbito de un aliento (*Zuspruch*) y que *jamás* por eso *puede* encontrarse sólo a sí mismo.

Pero lo dis-puesto no sólo amenaza al hombre en su relación consigo mismo y con todo lo que es. Como destino remite al desocultar del tipo del establecer. Dónde este domina expulsa todas las otras posibilidades del desocultamiento. Lo dis-puesto vela especialmente aquel desocultar que hace que se pro-duzca el aparecimiento de lo presente en el sentido de la *ποίησις*. En comparación con éste, el poner provocante constriñe a todo lo que es a la relación exactamente contraria. Gobierno y aseguramiento de la constancia acuñan a todo desocultar cuando impera lo dispuesto. Incluso no lo dejan aparecer más en su propio rasgo fundamental; esto es, en cuanto tal determinado desocultar.

Así, pues, lo dis-puesto que pro-voca no sólo vela un remoto modo del desocultar, el pro-ductor, sino que vela el desocultar en cuanto tal y con él, aquello en lo que el desvelamiento, esto es, la verdad, acontece.

Lo dis-puesto disloca el aparecer y dominar de la verdad. El destino que destina en el establecer es, según esto, el más extremado peligro. Lo peligroso no es la técnica. No hay ningún demonio de la técnica, sino que, por el contrario, el misterio de su esencia. La esencia de la [35] técnica es, en cuanto un destino del desocultar, el peligro. La significación transformada de la palabra “dispuesto”, se nos hace ahora quizás más familiar, si pensamos “dispuesto” en el sentido de destino y peligro. La amenaza no le viene al hombre principalmente de que las máquinas y aparatos de la técnica puedan quizás actuar de modo mortífero. La más peculiar amenaza se ha introducido ya en la esencia del hombre. El dominio de lo dispuesto amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda rehusar a retrotraerse a un desocultar más originario y así negarse a experimentar el aliento [llamada: *Zuspruch*] de una verdad más principal.

Así, pues, donde domina lo dispuesto, hay, en el sentido más elevado, *peligro*.

“Pero, donde hay peligro
crece también lo salvador”.

Meditemos cuidadosamente las palabras de Hölderlin. ¿Qué quiere decir “salvar”? Comúnmente opinamos que sólo significa: atrapar precisamente a lo amenazado de muerte para asegurarlo en su persistencia. Pero, “salvar” quiere decir algo más. “Salvar” es: ir a buscar en la esencia, para, de esta manera, traer a su propio brillar, especialmente, a la esencia. Si la esencia de la técnica, lo dispuesto, es el peligro más extremado, y si, al mismo tiempo, las palabras de Hölderlin dicen la verdad, entonces no puede agotarse el señorío de lo dispuesto sólo en dislocar todo iluminar de todo desocultar, todo aparecer de la verdad. Más bien, tiene que ocultar en sí, precisamente, la esencia de la técnica el crecimiento de lo salvador. Pero ¿no bastaría entonces una mirada suficiente en lo que lo dispuesto es como un destino del desocultar, para hacer aparecer a lo salvador en su surgir?

¿Hasta qué punto crece allí donde hay peligro también lo salvador? Donde algo crece, se enraíza y, desde allí, brota. Ambos acontecen callada y tranquilamente y a su tiempo. Pero por las palabras del [36] poeta no podemos precisamente esperar que allí donde hay peligro, podamos captar lo salvador inmediatamente y sin preparación. Por eso tenemos ahora que meditar en primer lugar hasta qué punto en lo que constituye el peligro más extremado, hasta qué punto en el imperar de lo dispuesto, está enraizado, incluso hasta lo más profundo y desde allí brota, lo salvador. Para meditar sobre tal cosa, es necesario, a través de un último paso de nuestro camino, que miremos aún con más claros ojos al peligro. Consecuentemente, tenemos que preguntar, una vez más, por la técnica. Pues, en su esencia está enraizado y brota, según lo dicho, lo salvador.

Sin embargo, nosotros tenemos que considerar lo salvador en la esencia de la técnica, mientras no meditemos en qué sentido de “esencia” lo dispuesto es propiamente la esencia de la técnica.

Hasta ahora hemos entendido la palabra “esencia” en su significación corriente. En el lenguaje escolar de la filosofía “esencia” quiere decir *aquello que* algo es, en latín: quid. La quidditas, la quiddidad, da respuesta a la pregunta por la esencia. Lo que conviene, por ejemplo, a toda clase de árboles, roble, haya, abedul, abeto, es lo arbóreo mismo. Bajo éste, como género universal, lo “universal”, caen los árboles reales y posibles. ¿Es entonces la esencia de la técnica, lo dispuesto, el género común de todo lo técnico? Si fuera así, entonces sería, por ejemplo,

una turbina a presión, una emisora, un ciclotrón, algo dispuesto. Pero la palabra dispuesto no mienta ahora ningún artefacto, ningún tipo de aparatos, ni mucho menos el concepto general de tales realidades. Las máquinas y aparatos son tan poco casos y tipos de lo dispuesto, como el hombre en el tablero de control o el ingeniero en la oficina de construcción. Todo esto pertenece, ciertamente, en cuanto componentes, en cuanto constantes, en cuanto establecedores, en cada caso a su manera, a lo dispuesto; pero, éste no es jamás la esencia de la técnica en el sentido de un género. Lo dispuesto es un modo destinador del desocultar, esto es, el pro-vocador. Un tal modo destinador es [37] también el pro-ducente desocultar, la *ποίησις*. Pero estos modos no son clases que puedan ser ordenadas unas junto a otras bajo el concepto de desocultar. El desocultamiento es aquel destino que se distribuye en cada caso, inexplicable y repentinamente, y a todo pensar, en el desocultar pro-ducente y en el pro-vocante, y que se entrega al hombre. El desocultar pro-vocante, tiene en el pro-ducente su origen histórico. Pero al mismo tiempo, lo dispuesto disloca destinadoramente a la *ποίησις*.

Así, pues, lo dispuesto como un destino del desocultamiento es, ciertamente, la esencia de la técnica; pero, nunca esencia en el sentido de género y de *essentia*. Si observamos atentamente esto, encontraremos algo sorprendente: la técnica es lo que viene exigido por nosotros como lo que hay que pensar en otro sentido de lo que se comprende comúnmente por “esencia”. Pero ¿en qué otro sentido?

Ya cuando decimos “*Hauswesen*” (gobierno de la casa), “*Staatwesen*” (gobierno del estado), no mentamos lo general de un género, sino el modo cómo casa y estado imperan, se administran, despliegan y decaen. Es el modo cómo ellos son esencialmente. J. P. Hebel, usó en una poesía, “Espectro en la calle Kanderer”, la vieja palabra, que Goethe amó especialmente, “*die Weserei*”. La palabra significa ayuntamiento, en cuanto se reúne allí la vida común y mantiene “en juego”, esto es, esencia, al *Dasein* [existencia] del pueblo. Del verbo esenciar [*wesen*] deriva en primer lugar el sustantivo. “Esenciar” (“*Wesen*”), entendido verbalmente es lo mismo que “perdurar” (*währen*); no sólo desde el punto de vista de la significación, sino también en la formación fonética de la palabra. Ya Sócrates y Platón pensaron la esencia de algo como lo esente en el sentido de perdurante. Sin embargo, ellos pensaron lo perdurante, como lo siempre perdurante (*ἀεὶ ὄν*). Pero, lo que siempre perdura lo encontraron en lo que se mantiene permanente

en todo lo que sucede. Esto permanente, a su vez, lo descubrieron en el aspecto (εἶδος, ἰδέα), p. ej., en la idea “casa”.

En ella se muestra todo lo que es de esa índole. Las casas [38] singulares, reales y posibles son, por el contrario, cambiantes y transitorias derivaciones de la “idea” y pertenecen, por tanto, a lo no duradero.

Pero en ninguna parte está fundamentado que lo que perdura única y solamente pueda apoyarse en lo que Platón piensa como ἰδέα, Aristóteles como τὸ τί ἦν εἶναι (aquello que algo, en cada caso, ya era), lo que la Metafísica piensa, en distintas interpretaciones, como essentia.

Todo lo esente perdura. Pero ¿es lo perdurante sólo lo que siempre perdura? De que perdure la esencia de la técnica en el sentido de lo siempre perdurante de una idea, que flota sobre todo lo técnico, ¿puede surgir el parecer de que el nombre “la técnica” miente un mítico abstractum? Cómo se esencie la técnica sólo se podrá ver a partir de aquello siempre-perdurante, en lo que acontece lo dispuesto como un destino del desocultar. Goethe empleó en cierta ocasión (*Afinidades electivas*, II parte, cap. X, en la novela corta “Los maravillosos hijos del vecino”), en lugar de “*fortwähren*” (siempre-perdurante), la misteriosa palabra “*fortgewähren*” [confiar siempre]. Su oído percibe ahí “*währen*” y “*gewähren*” [perdurar y confiar] en un inefable acorde. Pero si nosotros meditamos más pensativamente que hasta ahora, lo que propiamente, y quizás únicamente, perdura, entonces tenemos que decir: *sólo lo confiadador perdura. Lo principal de lo antiguo perdurante es lo confiante.*

En cuanto lo esente de la técnica, es lo dispuesto lo que perdura. ¿Domina entonces éste en el sentido de lo confiante? Incluso la pregunta parece ser, evidentemente, un desacierto. Pues, lo dispuesto es, según todo lo dicho, un destino que reúne en el desocultamiento provocante. Pro-vocar es todo menos un confiar. Parece que es así mientras que nosotros no prestemos atención a que también el pro-vocar en el establecer de lo real como lo constante, sigue siendo un destino todavía, que lleva al hombre a un camino del desocultar. La esencia de la técnica, en cuanto este destino, introduce al hombre en lo que él mismo y por sí mismo ni puede inventar, ni mucho menos hacer; pues, [39] algo así como un hombre que únicamente sólo es hombre por sí mismo, no lo hay.

Pero, si este destino, lo dispuesto, es el más extremado peligro, no sólo para la esencia del hombre, sino también para todo desocultar

en cuanto tal, ¿puede aún llamarse a este destinar un confiar? Cierta y completamente, siempre que en este destino pueda crecer lo salvador. Todo destino de un desocultar acontece desde el confiar y en cuanto tal. Pues, éste lleva al hombre ante todo a que participe en el desocultar, que necesita el advenimiento de la verdad. En cuanto necesitado de esa manera, es el hombre apropiado [*vereignen*] al advenimiento [*Ereignis*] de la verdad. Lo confiador que destina de una manera o de otra en el desocultamiento, es en cuanto tal, lo salvador. Pues, éste permite al hombre intuir e ingresar en la más elevada dignidad de su esencia, que consiste en custodiar sobre esta tierra, el desvelamiento y con él, en cada caso, el velamiento previo. Precisamente en lo dispuesto, que amenaza arrastrar al hombre al establecer como el único posible modo del desocultamiento y así empuja al hombre al peligro del abandono de su libre esencia, precisamente en este peligro, el más extremado, aparece la pertenencia más íntima e indestructible del hombre a lo confiador, en el supuesto de que nosotros, por nuestra parte, comencemos a prestar atención a la esencia de la técnica.

Así, pues, lo esente de la técnica oculta en sí, lo que nosotros por lo menos presumimos, el posible nacimiento de lo salvador.

Todo estriba en que nosotros meditemos en el nacimiento y lo custodiamos conmemoradoramente. ¿Cómo acontece esto? Ante todo si nosotros consideramos lo que esencia en la técnica, en lugar de permanecer con la mirada fija y absorta sólo en lo técnico. Mientras nos representemos la técnica como instrumento, vamos a permanecer apegados a querer dominarla y omitiremos la esencia de la técnica.

Si entretanto preguntamos cómo esencia lo instrumental, en cuanto un modo de lo causal, entonces experimentamos este esente como el destino del desocultar [40].

Si meditamos en último lugar que lo esencial de la esencia acontece en lo confiante, que apropia al hombre a que participe en el desocultar, entonces se nos muestra: La esencia de la técnica es, en un sentido elevado, equívoca. Tal equivocidad se indica en lo misterioso de todo desocultamiento, esto es, de la verdad.

De un lado, lo dispuesto provoca a lo violento del establecer, que disloca toda mirada para el acontecimiento del desocultamiento y, de esa manera, pone en peligro, desde el fundamento, la referencia a la esencia de la verdad.

De otro, lo dispuesto acontece, por su parte, en lo confiador, que deja perdurar al hombre en él, inexperimentado hasta ahora, pero más

experimentable quizás en lo venidero, a ser lo necesitado para la custodia de la esencia de la verdad. Así aparece el nacimiento de lo salvador.

Lo inevitable del establecer y lo retenido de lo salvador se arrastran mutuamente como en el curso de los astros el carril de dos estrellas. Pero éste su marchar juntos es lo velado de su cercanía.

Si nosotros miramos la equívoca esencia de la técnica, entonces veremos la constelación, la marcha estelar de lo misterioso.

La pregunta por la técnica es la pregunta por la constelación, en la que acontece desocultamiento y ocultamiento, en la que acontece lo esencial de la verdad.

Sin embargo, ¿qué nos ayuda la mirada a la constelación de la verdad? Miramos el peligro y vimos el crecimiento de lo salvador.

Con eso no estamos nosotros ya salvados. Pero estamos reclamados a esperar en la creciente luz de lo salvador. ¿Cómo puede acontecer esto? Aquí y ahora y, por lo menos, de tal manera que cuidemos lo salvador en su crecimiento. Esto incluye que nosotros mantengamos siempre ante la vista el peligro más extremado [41].

Lo esencial de la técnica amenaza al desocultar, amenaza con la posibilidad de que todo desocultar vaya a parar al establecer y que se represente todo únicamente en el desvelamiento de la constancia. El hacer humano jamás puede encontrar este peligro inmediatamente. El esfuerzo humano no puede por sí solo conjurar el peligro. Sin embargo, la reflexión humana puede meditar que todo lo salvador de la más alta y, al mismo tiempo, emparentada esencia, debe ser como lo que está en peligro.

¿Sería posible un desocultar más principal otorgado que hiciera aparecer primeramente a lo salvador en medio del peligro, que en la era técnica más bien se oculta que se muestra?

En otros tiempos la técnica no sólo llevó el nombre τέχνη. En otro tiempo se llamó τέχνη también a todo desocultar que produce la verdad en el brillo de lo que aparece.

En otro tiempo se llamó τέχνη también al producir de lo verdadero en lo bello. Τέχνη se llamó también la ποίησις de las bellas artes.

Al comienzo del destino occidental se alzaron las artes en Grecia a la más elevada altura del desocultar a ellas confiado. Trajeron a la luz la presencia de los dioses, el diálogo del destino divino y humano. Y el arte se llamó sólo τέχνη. Ella fue un único desocultar de muchas maneras. Fue devota, πρῶμος, esto es, obediente al imperar y custodiar

de la verdad. Las artes no surgieron de lo artístico. Las obras de arte no fueron gozadas estéticamente. Las artes no fueron sector de una creación cultural.

¿Qué fué el arte? ¿Quizás sólo por breve, pero elevado tiempo? ¿Por qué llevaron el sencillo nombre τέχνη? Porque fué un desocultar que traía y pro-ducía y por eso pertenecía a la ποίησις. A estos nombres recreó en último lugar, como nombres propios aquél desocultar que impera a todo arte de lo bello, la poesía, lo poético [42].

El mismo poeta de quien oímos las palabras:

“Pero, donde hay peligro
“crece también lo salvador”

nos dice:

“...poéticamente habita el hombre en esta tierra”.

Lo poético trae lo verdadero al brillo de lo que Platón en el “Fedro” llama τὸ ἐκφανέστατον, lo que más puramente surge apareciendo. Lo poético transesencia [*durchwesen*] a todo arte, a todo desocultamiento de lo esencial en lo bello.

¿Deben ser llamadas las bellas artes al desocultar poético? ¿Debe el desocultar echar mano de ellas más principalmente, para que así, cuiden por su parte el crecimiento de lo salvador, para despertar y fundar de nuevo la mirada y la familiaridad con lo confiante?

Si al arte le está confiada ésta la más alta posibilidad de su esencia en medio del peligro más extremado, nadie puede saberlo. Sin embargo nosotros podemos admirarnos. ¿De qué? De la otra posibilidad, de que por todas partes se establece lo violento de la técnica, hasta que un día por entre todo lo técnico la esencia de la técnica sea esencialmente en el acontecimiento de la verdad.

Porque la esencia de la técnica no es nada técnico, por eso tiene que tener lugar la reflexión esencial sobre la técnica y la contraposición decisiva con ella en un ámbito que, de un lado, está emparentado con la esencia de la técnica, y que, de otro, es, sin embargo, fundamentalmente distinto.

Tal ámbito es el arte. Por cierto, siempre y cuando que la reflexión artística por su parte no se cierre a la constelación de la verdad, por la que *preguntamos*.

Así, pues, preguntando testificamos la precaria situación de que nosotros no experimentamos aún la esencia de la técnica ante la sonada técnica, que nosotros no conservamos más la esencia del arte ante [43]

la sonada estética. Sin embargo, cuanto más interrogadoramente meditemos sobre la esencia de la técnica, tanto más plena de misterio se nos vuelve la esencia del arte.

Cuanto más nos acerquemos al peligro, tanto más claramente comienza a destellar el camino a lo salvador, tanto más preguntadores llegaremos a ser. Pues el preguntar es la devoción del pensar [44].